

TERRORISMO FINANCIERO

*Rafael González Jiménez
de SOLMAN*

Siempre me ha resultado chocante la distinta consideración que delitos y delincuentes tienen en nuestra hipócrita sociedad. Bueno, la verdad es que, por la fuerza de la costumbre, cada vez me choca menos. Así se dice, casi como un chiste (aunque maldita la gracia que tiene), que el que roba una gallina –o una cartera, un coche o un ordenador en una tienda de informática- es un ladrón, un “chorizo” o un “caco”; mientras el que se embolsa mil millones, usando triquiñuelas más o menos legales, es un inteligente economista, o un ejecutivo espabilado, que practica la “alta ingeniería financiera”. Del mismo modo, y por mucho que se pregone lo contrario, todos sabemos con qué distinta vara de medir se aplica la justicia a los presuntos delincuentes a tenor del cargo, función o posición económica y social que ocupen.

Viene esto a cuento de la malhadada crisis en que nos hallamos (mejor: en que nos han obligado a hallarnos) y de las ingeniosas ocurrencias que algunos gobiernos, bancos centrales e importantes analistas de la cosa están proponiendo para remontarla: básicamente inyectar dinero público –dinero de ustedes y mío, dinero de todos- en el sistema financiero, o sea, en los bancos locales, grandes aseguradoras, sociedades de inversiones (para entendernos, en los causantes de todo este desastre) para evitar el caos absoluto y el hundimiento de una economía global que tan claramente exhibe ahora sus miserias y sus engaños.

Y digo yo: ¡Vale!; admitamos que, por mucho que nos repugne, sean necesarias estas medidas en extremis para evitar males mayores que, como no puede ser de otra manera en este mundo injusto e inmoral en que vivimos, afectarían más, otra vez, a los más débiles. ¡Pero ello nunca debería hacerse antes de haber puesto a buen recaudo a los responsables de la crisis! Los especuladores que, guiados por una codicia sin fin, han usado todas las trampas a su alcance (innecesario volver al ya conocido tema de los “créditos-basura”, la especulación con alimentos básicos, etcétera) para obtener beneficios más allá de toda medida, sin importarles los daños sociales y personales que podían causar, deben pagar por ello. Y me extraña enormemente que casi nadie defienda el criterio de tratar con el máximo rigor a estos terroristas financieros.

Eso por un lado. Por otro, sería necesario establecer claros y contundentes mecanismos reguladores de la economía mundial, implantar unas reglas de juego que impidieran, en lo sucesivo, la aparición de estas crisis. Aunque ello supusiera – y así debería ser- remover sustancialmente las bases del sistema ultracapitalista en que nos hallamos inmersos. Dejemos ya esa copla de que “los mercados se autorregulan solos”. Todos sabemos que es una mentira flagrante e interesada. Y no se regulan solos por la sencilla razón de que los mercados no existen, más allá de la pura entelequia; como no existen los bienes “reales” que sostengan una economía basada en el papel, la riqueza hipotética, el humo... Lo que existen –¡vaya que sí- son los mercaderes y sus ansias de rapiña. Por eso, y por el daño que pueden hacer como ahora mismo se está demostrando, creo que el mundo tiene todo el derecho a intentar defenderse de estos sujetos y del sistema que les permite campar a sus anchas.

Insisto: sólo después de meter en la cárcel a esta gente y de haber puesto límites legales y precisos a tanta codicia (señores gobernantes, no les dé miedo de que les llamen “intervencionistas” que para eso gobiernan: ¡para intervenir!) se podría justificar ese viático del dinero público empleado para el rescate de la economía mundial. Porque si no se hace así lo único que se conseguirá es otorgar impunidad y estímulos a los buitres y lobos futuros para que puedan seguir depredando. ¿O no?